



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
ESTÉTICAS  
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	<b>BEATRIZ DE LA FUENTE</b>
SERIE	007: ESCRITOS ACADÉMICOS
CAJA	023
EXP.	134
DOC.	002
FOJAS	2-17
FECHA (S)	S/F

CONGRESO SOBRE EL HUMANISMO EN VISPERAS DEL SIGLO XXIMESA: EL HUMANISMO Y EL ARTEPONENTE: DRA. BEATRIZ RAMIREZ DE LA FUENTECOMENTARIO SOBRE EL HUMANISMO Y LA ARQUITECTURA: OSCAR OLEA

Me es especialmente grato participar en este Congreso, tanto por su estatura académica como por el rubro central del humanismo que lo preside, el cual, en los tiempos que corren parecieran estar mas allá del interés inmediato de quienes se ocupen de las ciencias humanas, ya que entre ambos términos hay una sutil diferencia que conviene señalar: el humanismo no es únicamente un deslinde intelectual de ciertos conocimientos, sino un conjunto de ideales a alcanzar a través de la voluntad y de la conducta; las humanidades, se conciben en la actualidad fundamentalmente como áreas de conocimiento que son o aspiran a convertirse en ciencias. Es por ello que incorporar al humanismo y no solo las humanidades en las disquisiciones de este Congreso resulta doblemente estimulante, máxime si se trata de una disciplina que, como la arquitectura, está vinculada a las necesidades y aspiraciones humanas más inmediatas.

Habitar, es el verbo que encarna en la arquitectura y por ende contiene todas las dimensiones de la cultura, desde su origen neolítico en que se erige y alcanza altas cumbres simbólico-monumentales en la concepción de ciertos espacios rituales como Cuicuilco,

primer exponente de las grandes culturas mesoamericanas, o los zigurats de Eridú en el valle del Eufrates que dieron origen a las concepciones arquitectónicas de Occidente, ambas surgidas una vez que el hombre se convierte en agricultor.

Definir a la arquitectura como la capacidad de modelar el espacio, deja de ser una noción simplista, para convertirse en un enigma. ¿Qué es el espacio para la arquitectura?, ¿como se genera? El espacio habitable es en sí mismo la posibilidad de una experiencia humana que se manifiesta entre lo coexistente que llamamos materia y lo sucesivo que llamamos tiempo, ordenados conforme a ciertas finalidades. La manera particular como se relacionan ambos (el espacio y el tiempo) en dicha experiencia, determina en cada caso el orden geométrico que utiliza el arquitecto como alfabeto para cuadrar, ordenar o imaginar la estructura rítmica y expresiva de la materia constructiva sin la cual, no podría configurarse el marco que la arquitectura confiere a la vida humana; pero este orden geométrico se complica y transforma únicamente en la medida en que la conducta y el pensamiento se transforma previamente dentro de la evolución de la cultura.

Fue a partir de la experiencia agrícola en los valles del Nilo que se desarrolló la noción euclidiana del espacio, y este hecho determinó el rumbo de la cultura de occidente y en particular, el desarrollo formal de la arquitectura.

En todas las civilizaciones agrarias del planeta que lograron edificar estos magníficos espacios rituales, no es el hombre quien los habita sino la divinidad solar de la que dependen los ciclos agrícolas y la organización social de la comunidad. Fuera de los magos y sacerdotes que moraban en ellos, el resto de la población vivía en chozas precarias hechas de barro, estacas y ramas.

El individuo como tal aún no existía en estas primeras comunidades agrícolas y el poder de la razón era ejercido por la casta gobernante; los demás aportan únicamente su potencia física y su energía vital a través del trabajo colectivo y la religión. Por ello, se puede afirmar que la arquitectura surgió inicialmente para satisfacer necesidades simbólicas antes que habitacionales propiamente dichas, las que sólo alcanzará lentamente en estadios posteriores de su devenir histórico en razón del desarrollo paulatino del proceso de humanización dentro de estructuras socioculturales menos rígidas.

Tanto por su extensión como por su complejidad, no es éste el espacio adecuado para intentar pergeñar siquiera un análisis relacional entre las improntas arquitectónicas y los impulsos humanísticos que les han dado vida a través de la historia, tanto dentro del marco general de la civilización occidental como en nuestro país en particular. Sin embargo, y a propósito de los avatares de la columna, que es un elemento ancilar de la arquitectura, y no

obstante, su aparición y desarrollo tanto funcional como simbólico, está íntimamente ligado al humanismo tal y como queremos entenderlo en este Congreso. Intentaremos hilvanar algunas reflexiones del tema. Esta aparece inmediatamente después de los remotos ámbitos rituales del neolítico que hemos mencionado, cuando la habitabilidad y no sólo el rito al cielo abierto se incorpora a las realizaciones arquitectónicas. La aparición de la columna significó un cambio enorme en el concepto espacial ya que hizo posible la creación del espacio interno y por tanto la mutación definitiva de la pirámide al templo, en el momento en que los demiurgos derivan del culto al sol hacia la abstracción generalizada de sus atributos deíficos, con lo cual, la columna, que comenzó siendo un elemento de apoyo carente de toda expresividad simbólica daría origen a la arquitectura columnaria cuyo apogeo y máximo desarrollo estructural, simbólico y estético se daría precisamente en el mundo helénico donde la lógica, la filosofía y la democracia, combinadas con el desarrollo tecnológico logrado a través de la aplicación empírica de la mecánica y la observación crítica de la naturaleza, han hecho posible superar en parte el estado mítico de la civilización para dejar paso al humanismo; y es en este momento también cuando se inicia la evolución de la arquitectura, ligada al espacio interno como substancia y esencia de sí misma, que el uso de la columna ha hecho posible.

El espacio construido no es, ni el producto de la aplicación de un sistema geométrico puro e inmutable, ni un ámbito independiente (en su realidad) de la conducta y de la experiencia humana. Es siempre el testimonio de una serie de actos que ha quedado congelados dentro de un ritmo de transformación más lento que nos remite necesariamente al pasado (próximo o remoto), ya que es el tiempo el único campo de la posibilidad de todo acontecimiento.

El espacio arquitectónico es, por lo mismo, la presencia de lo anterior (realizaciones humanas) que coexiste con los sucesos de hoy y con las expectativas, dando origen, en el mundo sensible, a la noción de profundidad, como ese espacio donde la conducta humana se hace posible, en contraste con el espacio a secas que se genera a partir de las transformaciones de la materia bruta. La profundidad tal como la concibe Spengler, es la esencia última del mundo donde la materia se torna consciente a través de la inteligencia y el ser humano alcanza todas sus finalidades, dentro de la ordenación propia de cada cultura.

El espacio prescrito por la arquitectura, considerado únicamente en su aspecto objetual, queda fuera del tiempo y de la vida, se convierte en esquema intelectual sin profundidad y sin tránsito. Entre la arquitectura y el espacio abierto de la naturaleza existe, en todo caso, la misma distancia que entre la palabra y el grito;

la profundidad o conciencia expectante, que caracteriza a la vida interior; las distingue, aún cuando en ambas -lo mismo en la naturaleza que en la arquitectura- el ser humano descubre en el futuro la posibilidad como un sentimiento cósmico, del cual se desprende toda forma coherente del universo y de la historia.

Para cada cultura esta protoforma del mundo que se deriva de la conciencia de la profundidad es un acto creador capaz de construir un sistema simbólico y de transformar a la realidad: materia, sonoridad, color o movimiento, quedarán presentes en forma de música, de pintura o de arquitectura, pero ésta última, en la medida en que no es sólo un objeto sino una obra (en el sentido que le da Lefebvre), y no sólo un hueco sino un ámbito edificado por y para el comportamiento humano, es un modelo cósmico ideado por la inteligencia, dentro del cual el discurrir consciente de los pasos del hombre van agotando sus posibilidades. Es por ello, que este artificio (arte-oficio) por medio del cual es ordenada la vida, puede llegar a ser, en forma contradictoria, un ámbito donde ha de realizarse el proyecto personal de cada sujeto, o un cautiverio que restrinja la vida a un conjunto de hábitos.

Quando la columna vuelve aparecer en el mundo romano combinada con nuevos elementos constructivos como el arco y la bóveda, y aplicada a diversos requerimientos de carácter civil: palacios, termas,

basílicas y edificios de viviendas colectivas, se generan espacios internos enormes nunca antes vistos en el mundo clásico, sólo superados (en magnitud, mas no siempre en esplendor) hasta el siglo XX. Este apogeo técnico y formal decaerá notablemente con la desintegración del Imperio pagano en su evolución hacia la cristianización del mundo europeo. Por esta misma época, en otra región desconocida del orbe, aparece la civilización Tolteca que aprovechando los aportes teotihuacanos crea una incipiente arquitectura columnaria dentro de un Estado teocrático liberal presidido por Quetzalcóatl que reivindica los valores individuales en el mundo prehipánico y suprime los sacrificios humanos. En el orden simbólico. las columnas que sostenían la techumbre del templo de Quetzalcóatl son guerreros vestidos al frente con una mariposa solar y la efigie del astro en la espalda, tienen una altura de cinco metros y están esplendidamente labradas por artistas-artesanos cuya influencia civilizadora se dejará sentir en toda Mesoamérica, especialmente en el mundo maya que enriquece el legado constructivo y ornamentalmente de esta arquitectura columnaria, creando, en la primera mitad del siglo XI, espacios internos que presagian un esplendor similar al helénico, cuya evolución fue cortada de tajo por la Conquista.

El primitivismo del arte románico refleja una decadencia transitoria del esplendor romano que volverá a adquirir nueva magnificencia en la formalización del gótico que está en estricta relación



con los nuevos requerimientos rituales, constructivos y simbólicos del Medievo. La columna aislada es sustituida por una haz de columnas más delgadas, y el arco romano de medio punto se transforma en ojiva dando origen a un refinamiento constructivo y simbólico sin antecedente, que no es desde luego, un acontecimiento fortuito. El gótico presenta en su estructura ligada a los demás elementos delimitantes del espacio catedralicio, el acento de una herencia racionalista reunida en la más emotiva efusión simbólica de elementos plástico-litúrgicos, que logró fundir espontáneamente a la escultura y a la arquitectura en una acabada síntesis rítmica producto del monismo intelectual de su época.

Durante el Renacimiento, el espíritu gótico cede al germen humanista del mundo clásico que vuelve a ser instaurado con variantes que nos hablan de un nuevo impulso evolutivo del proceso de individuación, para hacer arrancar desde allí al mundo racionalista y tecnológico de nuestros días. El pensamiento humanista de este fecundo y decisivo periodo de la civilización occidental, queda personificado en la obra y pensamiento de León Bautista Alberti, prototipo del hombre universal de la época, quien escribiera en su tratado de arquitectura titulado "De Re Edificatoria", hacia el año 1450, que el individuo debe buscar la verdad y la virtud mediante el uso de la razón y la aplicación de la voluntad, siempre en armonía con la naturaleza. La voluntad, dice, representa la fuerza principal que impulsa la capacidad humana. Para él la arquitectura como arte-ciencia es el pro-

ducto más fino de la actividad humana ya que está destinada a conseguir el más alto bien que es el bien público el cual debe extenderse a todos los ciudadanos y no únicamente a los príncipes, los ricos o los eclesiásticos.

Con la conquista de México, nos llegan a través de España los antecedentes de la civilización occidental que habría de continuarse en nuestro suelo con la riqueza de las aportaciones locales. Un periodo de alta singularidad se da en los primeros años de la Conquista en que el humanismo cristiano de los frailes evangelizadores se concreta en los conventos-fortaleza y su síntesis de lo clásico, lo indígena y lo medieval, que aportan un ámbito ad hoc a la solución de los requerimientos y condiciones de la conquista espiritual del nuevo mundo. Las ideas humanistas en el orden social y no sólo espiritual, por haber sido España el centro de la Contrarreforma habrían de fructificar en nuestro suelo mucho después con el apogeo del barroco, cuya complejidad espacial y formal fue el resultado de la relación dialéctica entre la fé cristiana y el intelecto avanzado, que explica, al menos en parte, la función preponderantemente simbólica y no estructural de la pilastra estípíte que lo significa en nuestro suelo.

Después de trescientos años de virreinato habría de surgir el movimiento de Independencia incitado por quienes compartían en México la vanguardia europea de la Ilustración, que exalta los valores humanos y condena todo género de servidumbre y explotación, al mismo

tiempo que se sienta las bases del progreso material y social. El nuevo arte arquitectónico que lo representa es el neoclásico que habría de perdurar y desarrollarse durante el lapso que va de la Independencia hasta la Revolución. En éste, como en el Renacimiento, la columna recobra cabalmente su función simbólica del espíritu de renovación que dará paso al triunfo definitivo del racionalismo, y con él al nacimiento de la civilización urbana-industrial, en la cual finalmente la arquitectura funcionalista se hará cargo de concebir los espacios que la expansión sin precedente del progreso y las nuevas necesidades humanas requieren, para lo cual ha de romper sus lazos con el pasado. Funcional y ausente de símbolos, la columna retorna así finalmente a su condición más primitiva de soporte utilitario, lo cual habla por sí solo de la magnitud del cambio que sitúa a la civilización en un nuevo hito evolutivo, del que ha de partir casi sin vínculos activos con el pasado para enfrentarse a los enormes retos del porvenir. Al filo del siglo XXI, preñado de esperanzas y amenazas, la civilización tecnológica se ha impuesto como otra forma de vida, tan radical en sus transformaciones como las que provocó en su momento la aparición de la agricultura. Dentro de este marco la arquitectura moderna, una vez concluido el periodo de búsqueda, implantación y difusión que la impusieron en todo el mundo a través de personalidades ilustres y acentos locales, (que en México destacan a partir del periodo posrevolucionario

y logran obras admirables como esta Ciudad Universitaria) se ha ido despojando poco a poco de los principios humanistas que le dieron vida, y en su asociación con el lucro se ha empobrecido hasta la ignominia, para ser sustituida por la edificación a secas en la solución de los problemas mas acuciantes de caracter social que la han rebasado. Con ello, se ha roto el vinculo entre quienes diseñan la morada humana y quienes la habitan en base a supuestos acerca de los que sus moradores desean, para imponerles lo que necesitan' El hombre concreto ha sido sustituido por una imagen colectiva, y el estudio real de sus necesidades y formas de vida por la argumentación técnica que han dado por resultado la edificación masiva cuya lectura nos remite a connotaciones ineludibles de desvinculación con la realidad, en la que la práctica arquitectónica se advierte como una absoluta mediatización entre los individuos y la conformación de su espacio habitable. Todo ello ha sumido a la arquitectura en una crisis de valores, de concepto y de deslirde que afecta al movimiento internacional desde la posguerra.

Se establece así una diferencia obligada entre arquitectura y edificación, la primera al servicio de un reducido número de individuos y la segunda en manos de voraces inversionistas, programas oficiales de vivienda y autoconstructores, con lo cual "la ciudad de todos" va perdiendo cualidad al mismo tiempo que va ganando en escala. Como

resultado, la arquitectura se vuelve deliberadamente espectacular, al delimitar su campo de acción a todas aquellas edificaciones con las que el poder (económico-político\_ trata de impresionar la conciencia de "los bárbaros locales", creando un ámbito urbano en el cual conviven sin tocarse el analfabetismo, la alta cultura, el provincialismo, la modernidad y el poder.

Esta mediatización se ha convertido en un credo insuperable que condiciona los rígidos esquemas del espacio arquitectónico aduciendo argumentos de producción en masa inherentes al problema de la industrialización que lleva implícita esa antinomia aparente, que sólo esconde la falta de imaginación para resolver adecuadamente las demandas de una sociedad en evolución y crecimiento que sobrepasan los esquemas simplistas que no van más allá de los números y la especulación mercantil.

Tal desinterés por las personas contrasta notablemente con lo que está está ocurriendo en otros campos del que hacer artístico (¡seguimos creyendo que la arquitectura lo es!) que sienten la participación colectiva como una necesidad y la practican como la única forma de reintegración social. Las artes no pueden -no deben- continuar por mas tiempo atentas solamente a las condiciones pre-escritas por su mercado, y menos aun deben seguir ocurriendo en el campo de la arquitectura, cuyo elan vital es el vínculo social que establece con los seres humanos a través del uso.

El signo nace de la diferenciación que establece el intelecto entre todos los sucesos percibidos, y de sus cualidades extensivas que le permiten ser parte del espacio y configurarse en el tiempo. En este sentido, la arquitectura es la extensividad más clara, más depurada y más explícita realizada por el hombre, y por lo mismo constituye un vasto e importantísimo campo de significación ¡es un lenguaje!

De la misma manera como descubrimos en el discurrir de las palabras la diferencia entre lo significante (lengua) y lo significativo (poesía) al pasar de los procesos lógico-perceptivos a los valorativos, podemos distinguir entre edificación y arquitectura, la primera como una organización elemental de señales en favor del uso que tiende hacia un denominador común en la función organizativa de la conducta, bien sea ésta humana o mecánica, y la segunda como una relación entre los signos y las estructuras ética, política y estética de quienes los emiten.

La humanización de las profesiones y de las artes en general, no es una opción secundaria que pueda seguirse soslayando a juicio de quienes las practican, sino la única respuesta posible a las determinaciones históricas que nos corresponden, a pesar de que, como en todo proceso de transformación social, las prácticas y los esquemas intelectivos del pasado van siendo sustituidos lentamente y sólo son superados cuando las condiciones de la realidad han sido modi-

ficadas en su totalidad. Quizá la columna no vuelva a ser nunca un símbolo humano y se conserve únicamente como elementos mecánico, pero si además, las técnicas edificatorias del futuro llegaran a eliminarla, tendría que desaparecer también como signo, en contraste con las épocas pretéritas en las que centralizó el equilibrio entre la lógica y la estética de lo arquitectónico y por ende se convirtió en símbolo de lo humano; no obstante, el humanismo renacerá indefectible después de cada periodo de oscuridad y encontrará sus signos y sus nuevos ideales que muevan la razón, la sensibilidad y voluntad del hombre para descubrir, como lo establece Alberti, "con que fin fue creado", y tratar de alcanzarlo a toda costa.

Perder el espacio que le corresponde a cada cultura, equivale, como en el caso de la lengua, a perder la identidad conjuntamente con la capacidad de expresarse. El movimiento internacional en arquitectura ha logrado despersonalizar en gran medida lo que en este campo era singular a cada cultura, lo cual de ninguna manera puede entenderse como un hecho positivo, ya que representa un empobrecimiento sustancial de alternativas a las múltiples formas de vida que aún subsisten en el planeta, a pesar del mito funcional-ecuménico-formal, creado alrededor del colonialismo cultural. Curiosamente, en México, este mito se impone precisamente en el período postrevolucionario en

el cual surge con violencia la afirmación de "lo mexicano" cualquiera que sea su definición o el carácter con que lo evoquemos, poblando el entorno de inauditas y poderosas formas, tan lejanas del pasado como lo fueron en su momento los templos-fortaleza junto a las pirámides. El período entre las dos guerras (1917-1939) es el más crítico en el orden cultural ya que en él se define el nuevo rumbo de las ideas: los sucesos contradictorios de entonces sientan las bases de lo que hoy somos.

El país se industrializa en base a un modelo copiado y en parte impuesto por las metrópolis. que trae como consecuencia el crecimiento descomunal y caótico del ámbito urbano que se "organiza" en base a la atomización social y a la segregación clasista. A partir de la década de los cincuentas este nuevo modelo de vida está perfectamente consolidado y el estilo internacional ha sentado sus reales, barriendo con el esfuerzo de los arquitectos nacionalistas que intentaron conciliar en los años treinta y cuarentas, nuestro lenguaje con la corriente funcionalista: Juan O'Gorman, Legorreta, Max Cetto, precisamente cuando creíamos estar al encuentro de una identidad que sigue esfumándose. La arquitectura contemporánea, por encima de su innegable calidad formal y técnica, en la medida en que se mantenga, paradójicamente, indiferenciada y selectiva, continuará siendo para una inmensa mayoría de seres humanos, no un espacio real sino un espacio perdido.



No quisiera dejar este comentario sin agregar una reflexión acerca de una modalidad humanística que se manifiesta como tendencia generalizada en el momento actual, y es la de suprimir, o al menos reducir al máximo, la línea divisoria que separa a las humanidades de las ciencias físicas, ya que ambas se imbrican como una totalidad en el espíritu humano a través de la sabiduría, que reúne todos los conocimientos particulares y los orienta hacia la consecución de las finalidades humanas. Esta idea, ha quedado bellamente plasmada en las magníficas esculturas que presiden ambas áreas en esta Universidad. La de Ciencias es una figura humana que se eleva para robar el fuego a los dioses y entregarlo a los hombres, la de Humanidades semeja, en contraste, un sutil y armónico instrumento sensible que escudriña el universo para ampliar el conocimiento humano. De esta suerte dos artistas de nuestro tiempo, Arenas Bentacuort y Federico Silva, sin propónerselo, expresan así el actual anhelo humanista de hermanar y poner al servicio del hombre EL CONOCIMIENTO como totalidad.